

USOS POLÍTICOS DEL PATRIMONIO CULTURAL

Fabien Van Geert, Xavier Roigé,
Lucrecia Conget (coords.)



Sumario

De los usos políticos del patrimonio. <i>Fabien Van Geert y Xavier Roigé</i>	9
Museografiar el multiculturalismo. Un recorrido histórico de las dinámicas de representación. <i>Fabien Van Geert</i>	27
Participación y representación de los pueblos originarios en los museos. El caso del Museo Mapuche de Cañete Ruka Kimvn Taiñ Volil. <i>Alejandra Canals Ossul</i>	53
Museos comunitarios de México. Ecos de la diversidad cultural a través del patrimonio. <i>Yadur Nahel González Meza</i>	79
Vida social de la <i>Tapati Rapa Nui</i> . Usos de una festividad en Isla de Pascua. <i>Roberto Concha M.</i>	101
Usos políticos reivindicativos del patrimonio en la ciudad. El caso de la red Vecinos por la Defensa del Barrio Yungay (Santiago de Chile). <i>Lucrecia Conget Iribar</i>	129
Trabajo, identidad y memoria oral en el proceso de patrimonialización industrial del Puerto de Sagunto. <i>Julio Bodí Ramiro</i>	171
Caminos de la memoria. Patrimonio y derechos humanos en las tramas de reparación y reivindicación. <i>Javiera Bustamante Danilo</i>	189
Los usos políticos del patrimonio en periodos de conflicto. La utilización política del patrimonio cultural catalán durante la Guerra Civil española. <i>Mercè Gracia Sánchez</i>	215

De los usos políticos del patrimonio¹

Fabien Van Geert
Xavier Roigé

A pesar de que en sus inicios el patrimonio nació con un uso político dedicado a la construcción de la identidad y del Estado-nación (Poulot, 2005), los estudios sobre el patrimonio no han señalado siempre sus usos políticos. La idea de patrimonio que emergió en la década de 1960 y que estuvo en pleno auge en la de 1980 comportó un cambio de perspectiva al considerarse sobre todo dos factores: el patrimonio como elemento de identidad y el valor del patrimonio como un factor de desarrollo social, sobre todo económico. Sería lo que Greffe calificó de «valor de uso» del patrimonio (Greffe, 2004) como recurso, ya no por su «valor de existencia», como mero «culto al monumento» (Riegl, 1984) independientemente de su uso, sino como parte de un verdadero y nuevo «pensamiento sobre el patrimonio» (Barrère, Barthélemy, Nieddu y Vivien, 2005), alejado de su perspectiva exclusivamente cultural. El patrimonio ya no solo era un referente cultural sino sobre todo un elemento que podía ser utilizado para contribuir al desarrollo socioeconómico. En aquel momento se «reinventó el patrimonio» (Boudin, 1984). Esta nueva relación con el pasado se produjo en Europa durante el proceso de desindustrialización, pero también de descentralización, que dio lugar a la puesta en valor de elementos culturales para su desarrollo social y comunitario.

Más tarde, en la década de 1990, el valor económico del patrimonio aumentó aún más al considerarse su valor de uso. El patrimonio ya no solo contribuía al desarrollo, sino que en sí mismo tenía un valor de uso, un valor económico que podía llegar incluso a una rentabilidad. Este proceso se expandirá en el mundo entero a través de una profunda «tu-

1. Este artículo ha sido escrito a propósito de los proyectos de investigación financiados por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad: CSO2011-29413 (Patrimonialización y redefinición de la ruralidad. Nuevos usos del patrimonio local) y CSO2015-68611 (El patrimonio cultural y natural en tiempos de crisis. Retos, adaptaciones y estrategias en contextos locales).

ristización» de la cultura en la sociedad de servicios, donde el patrimonio se convertirá progresivamente en un «activo» de primera importancia (Prats y Santana, 2005), en un contexto marcado tanto por la competición entre ciudades para la atracción de turismo y de capital, como por una clara mercantilización de las identidades (Boltanski y Chiapello, 2002). Este énfasis en el valor económico del patrimonio se ha traducido en una abundante bibliografía sobre los usos económicos del patrimonio, en el contexto de un proceso neoliberal que ha comportado su creciente mercantilización (Guillaume, 1990).

Desde las décadas de 1990 y 2000, las ciencias sociales se han interesado mucho por el patrimonio, subrayando que no era algo dado, o una condición inherente a un objeto, sino que consistía en una construcción social. Desde esta perspectiva, el patrimonio se acercaría más a un proceso que a algo predefinido y estático, pudiendo hablarse de «patrimonialización» (Prats, 1997) o de «fabricación del patrimonio» (Davallon, 2002). Los estudios realizados al respecto han contribuido a deconstruir la «naturalización» que se ha podido crear alrededor de las retóricas del patrimonio (Guillaume, 1990), definido por Smith (2011) como el «discurso patrimonial autorizado» y particularmente popularizado por instituciones internacionales encargadas del patrimonio como la Unesco. Según esta autora, este discurso supone que el patrimonio es «algo que se encuentra» (la *trouvaille*, según Davallon, 2002), algo cuyo «valor innato, su esencia es algo que “hablará” a las generaciones futuras y asegurará su comprensión de su “lugar” en el mundo» (Smith, 2011: 43).

El énfasis por los usos económicos del patrimonio ha hecho olvidar en parte el estudio de sus usos políticos. Es cierto que resulta difícil separar lo político de lo económico, pero entendemos que la comprensión de los fenómenos de patrimonialización y las producciones culturales solo pueden ser entendidas de acuerdo con las situaciones políticas en las que están inmersas, y teniendo en cuenta que las activaciones patrimoniales son con frecuencia el resultado de conflictos y oposiciones. En el contexto actual de globalización, los proyectos de patrimonio no siempre están vinculados con el marco estatal o el proyecto nacional. Como señalan Bondaz, Isnart y Leblon (2012), más allá del consenso patrimonial existen disensiones, conflictos, narraciones y usos antagónicos del patrimonio. De esta forma, el patrimonio resulta un escenario de conflictos, un espejo de las cuestiones y disensiones políticas que hace que los procesos de memoria sean con frecuencia un terreno de lucha y de conflicto, lo que

nos lleva a cuestionarnos sobre las representaciones sociales de la identidad cultural de los grupos sociales.

Estos usos políticos del patrimonio constituyen el corazón de este libro. Los textos que lo componen abordan estos conflictos, usos y redefiniciones de la noción de patrimonio a través de estudios de casos etnográficos, ya sea dentro de los museos, de las políticas patrimoniales o de las diversas activaciones patrimoniales llevadas a cabo. Estos análisis recogen algunas de las conclusiones a las que se llegó en una serie de seminarios realizados en el marco del programa de doctorado en Gestión de la Cultura y el Patrimonio de la Universidad de Barcelona sobre los usos políticos del patrimonio, transversal a las diferentes investigaciones. Sin pretender buscar la exhaustividad, los estudios de casos presentados y procedentes sobre todo de Latinoamérica, aunque sin olvidar Europa y el Estado español, abordan diversos usos políticos distintos del patrimonio, aunque con puntos de encuentro. Sin agotar la lista de posibles usos sociopolíticos que estructuran la relación entre grupos culturales contemporáneos, los artículos de este libro nos interrogan sobre las prácticas políticas del patrimonio y sobre los escenarios y discursos en los que discurren los mecanismos de apropiación y confrontación en el campo patrimonial.

La patrimonialización del patrimonio: discursos y prácticas políticas

Para comprender los usos políticos del patrimonio es necesario conocer el proceso de patrimonialización que lleva a un objeto a convertirse en un elemento patrimonial. Se ha intentado definir las modalidades de esta patrimonialización, y los diferentes usos sociales que caracterizan las distintas formas en que una sociedad se relaciona con el pasado, lo interpreta, selecciona y manipula pueden ofrecernos claves para la comprensión de diversas dinámicas. Según Kirshenblatt-Gimblett, el patrimonio, como modo de producción cultural en el presente que remite al pasado, es la transvalorización de lo obsoleto y lo difunto (Kirshenblatt-Gimblett, 1998: 7). No solo necesita ser valorizado sino que es fundamental la exposición como interfaz, que sirve de mediación transformando lo que es expuesto en patrimonio. El patrimonio sería, pues, una industria de valor añadido que produce lo local para el exterior (Kirshenblatt-

Gimblett, 1998: 149), adquiriendo nuevos valores. Aislando elementos seleccionados de sus contextos de producción, dando lugar a la adquisición de nuevos valores (Maccannell, 1999), en estos procesos se reinterpretan los objetos, pero también se los priva de otros significados, anulando la multivocalidad y ofreciendo una interpretación única. De tal forma, la patrimonialización tiene que ver con la negociación de la memoria, la identidad y el sentido de lugar. Es un proceso activo de recordar, olvidar y conmemorar que se implementa para ayudar a navegar y mediar el cambio cultural y social, así como temas sociales y políticos contemporáneos.

Siguiendo estas primeras perspectivas sobre la construcción social del patrimonio, la sociología ha podido definir el proceso de esta patrimonialización. Heinich lo describió desde las Administraciones, definiendo una verdadera «cadena patrimonial», en la cual se organiza (o se jerarquiza) la pericia, y se distingue los modelos de inscripción (buscando la exhaustividad científica) y de clasificación (reconociendo la predominancia del valor estético y simbólico). Sin embargo, como también recuerda Rautenberg (2003), este proceso es integrado, o no, por las poblaciones con su perspectiva «profana» y no profesional del patrimonio (Heinich, 2009: 9). De tal forma, en este proceso dialógico, que marcó, según Fabre (2013), el paso del «tiempo del monumento», típico de la perspectiva europea del siglo XIX, al del «tiempo del patrimonio», las formas colectivas de relación con el pasado ya no se pueden entender solamente a través de las únicas categorías de la acción pública, sino que hay que tener en cuenta las «emociones patrimoniales». La comprensión de estos procesos exige una puesta en perspectiva de las prácticas que articulan todos los niveles de lo social. De hecho, esta doble perspectiva suscita un intenso movimiento en la producción e inducción de usos, donde la noción de patrimonio es construida, definida y utilizada tanto dentro como fuera de los centros de decisión y gestión oficial.

Entendida de tal manera, la patrimonialización constituiría un tipo de consenso al que llega cierto grupo de actores para seleccionar, activar y legitimar determinados bienes y manifestaciones culturales por encima de otros, a partir de intereses y puntos de vista diferentes. Esto es lo que llevará a Tunbridge y Ashworth (1996) a afirmar que el patrimonio es disonante, es un campo de conflicto donde compiten distintas visiones de lo que es el patrimonio. Es ahí donde entramos en el ámbito de los usos del patrimonio, usos que —al nacer dentro de un campo de conflic-

to— son, ante todo, políticos. De hecho, la praxis política está presente en todos los niveles del proceso de patrimonialización, desde las condiciones sociales que lo posibilitan hasta los efectos de su circulación. De tal forma, los usos políticos del pasado pueden ser considerados como unidades de análisis que permiten adentrarnos en los conflictos sociales, las manipulaciones políticas e ideológicas, así como en la formación de proyectos identitarios.

Diversidad de usos políticos del patrimonio

Las investigaciones sobre el uso político del patrimonio son muy diversas y comprenden campos muy distintos. Señalemos algunas líneas principales de investigación y terrenos en los que el uso político del patrimonio resulta esencial.

- 1) El uso del patrimonio en la construcción de los Estados-nación y como narrativas nacionales. Desde su invención, el patrimonio fue utilizado por el Estado como un elemento decisivo para la construcción de las narrativas nacionales. Los vínculos entre la fundación de un corpus patrimonial y el nacimiento de las naciones y los Estados-nación son muy conocidos en Europa, lo que ha llevado a Poulot (2005) a identificar el papel predominante del patrimonio en la configuración de los Estados-nación y en los discursos de lo que es un país. Este planteamiento ha forjado una nueva concepción del arte y de la historia, que sustituye el espíritu de la curiosidad y el gusto de lo sublime por la lectura del pasado y el despertar del sentimiento nacional.
- 2) El uso del patrimonio en los conflictos bélicos. Las guerras civiles y mundiales revelaron el valor del patrimonio como territorio de confrontación, utilizando como un arma la destrucción de la cultura del oponente, incluyendo las huellas de su pasado. Si bien el expolio o la destrucción del patrimonio tienen una larga trayectoria histórica, fue a partir de la Guerra Civil española y la Primera Guerra Mundial cuando el patrimonio se convirtió en un objetivo militar, y ello ha persistido hasta conflictos recientes. La destrucción deliberada puede ser utilizada como un arma de guerra psicológica (Van der Auwera, 2013: 3), con una clara voluntad de provocar sufrimiento a los contrarios y como un elemento de aniquilación de la identidad. Como señalan

Chilton y Silberman (2010: 6), el patrimonio cultural puede ser una fuente de identidad y de cohesión social, pero también puede ser considerado una fuente de conflictos étnicos y nacionales diferenciando entre «nosotros» y «ellos». En este sentido, para Viejo-Rose (2011: 54) el punto clave de la destrucción del patrimonio durante una guerra está en las diferentes maneras en que es utilizado para fomentar la división de los implicados en el conflicto.

- 3) El uso del patrimonio en los procesos coloniales. Durante las etapas coloniales, el patrimonio fue un terreno de confrontación, con un exopolio importante que ha llenado los grandes museos del mundo de objetos artísticos, arqueológicos y etnológicos. La minusvaloración del patrimonio indígena ha sido constante en las etapas coloniales, para presentar las comunidades no occidentales como culturas inferiores no poseedoras de un patrimonio cultural real (González-Rubial, 2016). Durante la descolonización, el patrimonio desempeñó también un papel fundamental cuando los nuevos estados tuvieron que reconstruir su identidad nacional.
- 4) El patrimonio como generador de discursos alternativos a los hegemónicos o los usos locales del patrimonio. En el contexto actual de globalización, los proyectos de patrimonio no siempre están necesariamente vinculados con el marco estatal o el proyecto nacional. Desde hace varias décadas, las autoridades locales y regionales se han convertido en empresarios culturales que con frecuencia muestran sus propios contenidos patrimoniales para desafiar versiones oficiales. De Certeau (1990) considera al respecto que este tipo de asociaciones, autoridades locales o regionales tomó posesión en la década de 1970 de algunos elementos patrimoniales hasta entonces no considerados para conseguir un lugar en el tablero regional, nacional o internacional. Fue, en palabras de Amselle (2010), un «retorno de lo nativo» que movilizó contrapatrimonializaciones e inventó nuevas formas de patrimonialización para hacer resurgir los símbolos de la cultura local. Es necesario, como sugieren Bondaz, Isnart y Leblon (2012), estudiar la acción de las asociaciones, los colectivos o los individuos dominados, analizar sus interacciones con el régimen de propiedad global, con el fin de destacar las formas alternativas de hacer patrimonio. En las distintas formas del patrimonio local a menudo hay una confrontación entre las representaciones del Estado y lo que los actores locales consideran que es necesario transmitir y proteger.

En el campo patrimonial confluyen, por tanto, distintos actores a menudo en confrontación.

- 5) El uso del patrimonio en los discursos internacionales. Desde hace varias décadas, la proliferación de las políticas de «patrimonio mundial» ha dado lugar a un nuevo papel del patrimonio. Las instituciones internacionales de conservación de la cultura, como la Unesco, también tienden a difundir e imponer sus normas de patrimonio. De esta manera, como sugieren Viana y Salama (2012) para el caso de Brasil, el patrimonio puede ser sustraído a las comunidades locales para ser utilizado por las instituciones gubernamentales, e incluso ser considerado como un elemento mundial. En el campo del patrimonio inmaterial, Smith (2014) ha señalado las contradicciones entre el uso internacional y el local, entre las proclamaciones de la Unesco sobre el patrimonio inmaterial y las percepciones de las propias comunidades locales.
- 6) El uso del patrimonio en la memoria. La memoria, como narración del pasado —fragmentos narrativos—, es un campo de abundantes disputas cuando se dirimen identidades nacionales o étnicas (Isla, 2003: 35). Los conflictos de la memoria, y su traducción en narrativas que expresan la interpretación del pasado, suponen uno de los usos políticos más claros del patrimonio, y los museos de memoria han sido de los que más han proliferado en la última década (Roigé, 2010).

Los estudios de casos presentados en este libro —que, como hemos dicho, proceden de Latinoamérica aunque sin olvidar Europa y el Estado español— abordan algunos de estos usos políticos distintos del patrimonio. Podríamos sintetizar sus líneas de investigación en tres campos que abordaremos a continuación. El primero es el uso político del patrimonio en la creación de las identidades, pero también en sus reconfiguraciones a lo largo del siglo *xxi* alrededor de nuevos paradigmas y de nuevas reivindicaciones culturales de varios sectores. El segundo es el uso político del patrimonio como estrategia de poder, pero también en clave de contrapoder, como estrategia para lograr diferentes objetivos, incluyendo los usos subalternos del patrimonio. El tercero es el uso político del patrimonio en la creación de la memoria o en la puesta en valor de conflictos y patrimonios «incómodos» para lograr procesos de paz y justicia social.

El patrimonio en la creación y la reformulación de identidades

Hablar del uso político del patrimonio es hablar obviamente del papel del patrimonio en la creación de identidades. Desde el siglo XIX, el patrimonio y los museos han sido usados con frecuencia en la creación de las identidades nacionales a través de la presentación de una narrativa nacional basada en una historia, unos símbolos y un patrimonio común, equivalente colectivo de la memoria personal (Macdonald y Fyfe 1996; Poulot, 2005). Por ejemplo, el museo nacional es el lugar de la memoria en el que la nación se rinde homenaje a sí misma (Iniesta, 1994). Es, a la vez, un creador de identidad y un elemento simbólico de identidad, o, dicho de otra forma, un productor de identidad y producto de la identidad (Roigé y Arrieta, 2010).

Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XX se dan una serie de hechos sociales y políticos que, entre otros fenómenos enmarcados en el cambio cultural que constituye la base de la condición de la posmodernidad (Harvey, 1990), desembocaron en la aparición del multiculturalismo como respuesta a la necesidad de describir y prescribir sobre el incremento de las diferencias en las sociedades modernas. Desde su emergencia en los primeros años de la década de 1970, esta noción de multiculturalismo ha servido para gestionar y determinar estrategias políticas sobre la diversidad cultural en diferentes ámbitos: internacional, nacional y local. De forma concomitante a este proceso de reconocimiento y multiplicación de la diferencia en el escenario social, también el campo de lo patrimonial se ha ido renovando y extendiendo. Así, en las últimas décadas se advierte una democratización en la generación, la activación y el uso de lo patrimonial por parte de sujetos sociales que antes no eran reconocidos como tales o permanecían en estado de latencia. En consecuencia, la producción y apropiación de lo patrimonial se abre a otros grupos sociales. En lo que va de siglo XXI, lo patrimonial se complejiza, amplía y democratiza a partir de la aparición de grupos que, en torno a distintas categorías —étnicas, de género, etc.— y dentro de una «política de la identidad», elaboran su diferencia discursiva y simbólicamente. De modo que, como parte de esta «inflación patrimonial», el patrimonio cultural de un país o, incluso, de la humanidad, en la actualidad abarca desde las bellas artes a lo industrial, pasando por el patrimonio biocultural indígena, la memoria obrera y el *savoir-faire* campesino, entre muchas otras posibilidades.

En Europa y América del Norte primero, este proceso cuestionará las construcciones de las identidades representadas por el patrimonio. Según Witcomb (2003: 80), que se nutre de las teorías foucaultianas de Bennett (1998) —quien opina que la historia de los museos es la de una reforma cívica—, el papel de los museos actuales ha cambiado, pasando de ofrecer un sentido de moralidad a la aceptación de la diversidad cultural. Los museos, pero también las diversas activaciones patrimoniales, desempeñarían un papel muy importante en la construcción de una identidad multicultural, tolerante con la diversidad cultural y que integraría nuevas formas de identidades (Macdonald, 2003; Ang, 2009). Los museos nacionales y locales, pero también el patrimonio, incorporarán progresivamente la cuestión de la inmigración y de la diversidad cultural, tal como dice Van Geert en el artículo del presente libro, que pretende determinar las dinámicas de representación del multiculturalismo en los museos europeos y de «los países nuevos» (Grosfoguel, Poli; Le Bot, 2011). A parte de estos museos nacionales, los museos etnológicos, utilizados en gran parte como propaganda de las políticas coloniales, se verán afectados también por estas nuevas construcciones de las identidades, y más particularmente por las críticas decoloniales. Después de una profunda crisis de sentido, tanto político como científico, debida al divorcio entre la disciplina antropológica y los museos científicos, estos museos se renovarán bajo el espectro multicultural a partir de la década de 2000, a través de la exposición de nuevas colecciones representativas de un «patrimonio mestizo» (Turgeon, 2003) e híbrido (Van Geert, 2015).

En América Latina, a partir de la década de 1990 se aprecia una lógica similar con la apropiación por parte de ciertos Estados —dentro de un discurso de características globales asociadas al multiculturalismo— de una forma pluricultural de concebirse y representarse. Los Estados latinoamericanos han transitado, a partir de su independencia en el siglo XIX, desde la patrimonialización de elementos pertenecientes casi exclusivamente a la aristocracia y la burguesía, hasta dinámicas que hoy en día —con la influencia del mercado e instituciones supranacionales como la Unesco— incorporan la producción simbólica de grupos antes invisibles para los Estados-nación que otrora se consideraban a sí mismos culturalmente homogéneos. En este contexto, el texto que aporta Canals propone, a través del caso del Museo Mapuche de Cañete Ruka Kimvn Taiñ Volil, un análisis de la representación de los pueblos originarios en los museos chilenos y de la creciente demanda de las comuni-

dades mapuches Lafkenche por participar en la elaboración del discurso museológico y en la selección y el montaje de los objetos patrimoniales. La autora argumenta que este caso permite entender el patrimonio como una herramienta política que puede contribuir no solo al desarrollo económico e identitario de dichos pueblos, sino también a la consecución de mayores niveles de autodeterminación. Esta perspectiva es también explícita en el caso de México. El texto de González Meza analiza la construcción de la identidad nacional de México a partir de los museos, entendida como un proceso en continua redefinición, en el que se ajustan los discursos políticos y se rediseñan políticas culturales conforme van evolucionando las exigencias sociales en diferentes contextos. Para ello, el autor se centra en la Nueva Museología Mexicana —y en especial en los museos comunitarios—, surgida en las últimas décadas del siglo xx y caracterizada por una directa participación de la sociedad en el proyecto de reapropiación de su entorno y su legado cultural. Las representaciones de diversidad cultural en estos recintos salen a la luz desde diferentes ángulos: desde la genealogía de los propios proyectos —en donde participan miembros de diferentes etnias, sectores sociales o de ámbitos productivos distintos— hasta los mismos contenidos y propuestas museográficas. Esta manera de asumirse distintos, con una voz propia y una representación que ellos han elegido, conduce a observar forzosamente la intención de un diálogo en un contexto de respeto como pilar fundamental de la interculturalidad. Finalmente, Roberto Concha reconstruirá en su artículo la vida social de la principal festividad local de la Isla de Pascua (la *Tapati Rapa Nui*) para dar cuenta de los diversos usos que los propios rapanui han hecho de ella en distintos momentos. El autor especificará el uso político que los rapanui han dado a esta celebración como diacrítico de su identidad, fortaleciendo el sentido de pertenencia a la Polinesia y el de diferencia respecto a Chile.

Patrimonios subversivos.

El patrimonio como estrategia de contrapoder

Como se ha podido destacar, la patrimonialización de la cultura y la naturaleza supone procesos de puesta en valor de elementos seleccionados, produciendo nuevas concepciones de la realidad social. En estos procesos se hacen efectivos el enfrentamiento y la búsqueda de legitimación,

siendo las patrimonializaciones unos escenarios propicios para analizar la confrontación de poderes y discursos. Esta perspectiva fue sobre todo analizada por los «estudios críticos del patrimonio», que parten de la idea de que el patrimonio forma parte de los procesos políticos de producción y reproducción de una cultura (Smith, 1999: 82), subordinada a la lógica de la conquista del poder (Bourdieu, 1991: 226). Como representación legitimada del pasado, sirve al establecimiento de narrativas culturales potencialmente hegemónicas, lo que lo convierte en un objetivo político. Así, Poulot insiste en que el patrimonio contribuye tradicionalmente a la legitimidad del poder, que participa con frecuencia en una mitología de los orígenes (Poulot, 2006: 6). De la misma manera, Jeudy (1990) indica que es difícil imaginar la reproducción del orden simbólico de una sociedad sin ayuda del concepto de patrimonio, entendido como el origen de todo proceso de simbolización. A partir de estas características, Del Mármol (2012: 23) entiende los procesos de patrimonialización desde una perspectiva foucaultiana de «tecnologías de poder» (Foucault, 2000), como formas de gobernabilidad que generan ciertos niveles de consenso social y facilitan el desarrollo de nuevos modelos económicos para la reproducción del sistema capitalista (Del Mármol, 2012: 33). Los discursos sobre el patrimonio natural y cultural regularían en este sentido la relación de las personas con su entorno, así como entre ellas.

Sin embargo, en ocasiones el patrimonio también deviene una importante herramienta política para grupos invisibilizados e identidades minoritarias que encuentran en dicho recurso simbólico una estrategia desde la cual resistir a la dominación y reivindicarse. En otras palabras, los procesos de patrimonialización y los discursos del patrimonio —en estos casos, discursos subalternos del patrimonio— también podrían ser utilizados para cuestionar valores dominantes y negociar el cambio en las estructuras sociales y las relaciones de poder preexistentes. En esta reapropiación del discurso patrimonial nacen nuevas perspectivas antihegemónicas, alejadas de la idea de inspiración platónica de «huella» que valoriza lo estable, y de lo atemporal que relaciona el presente y el pasado (Deloche, 1985), tal como se plasma en el discurso patrimonial autorizado (Smith, 2011). Estas nuevas perspectivas de lo patrimonial establecen y desarrollan temas de memoria, *performance*, identidades, intangibilidad, disonancia y lugar (Smith, 2006).

En América Latina, la emergencia de nuevos movimientos sociales (NMS) articulados principalmente en torno a lo cultural diversifican los

escenarios sociales regionales. Desde entonces se aprecia en toda la región un fuerte dinamismo en la (re)construcción de identidades de diferentes sujetos colectivos y, junto a ello, una nueva delimitación en los escenarios políticos regionales. En este contexto, la noción de patrimonio ha adquirido un progresivo y transversal protagonismo en el discurso de innumerables sujetos sociales de la región, pero sobre todo en aquellos que se anclan y reconocen desde espacios locales bien definidos. De hecho, a través de la apropiación y redefinición de los discursos que sobre lo patrimonial generan los especialistas profesionales y también los medios de comunicación, las comunidades patrimonializan cuestionando al Estado y confrontando la definición, clasificación y apropiación de «su» patrimonio.

En el caso latinoamericano, estos nuevos usos del patrimonio en clave de contrapoder se abordan en este libro, en particular en relación con la ciudad, analizados por Conget a través del caso del barrio Yungay de Santiago de Chile, donde un movimiento vecinal ha visto en el patrimonio una estrategia para defender su barrio y a sus vecinos, los cuales se encontraban amenazados a causa de ciertas políticas urbanas neoliberales —impuestas por instituciones gubernamentales aliadas con el sector privado— que apostaban por provocar, entre otras cosas, especulación inmobiliaria y procesos de gentrificación en la zona. Ya en Europa, donde también se dan estos procesos y usos del patrimonio, se recoge en este volumen el caso del Puerto de Sagunto, analizado en el texto de Bodí. En este contexto, el autor estudia la activación patrimonial del legado de una extinta fábrica de la ciudad valenciana, que obvió las experiencias inmateriales y colectivas que, a la sombra del trabajo, ejemplifican la respuesta de una comunidad y, por lo tanto, su capacidad política y reflexiva a la hora de asentarse en un entorno determinado.

El patrimonio como territorio de confrontación. Los usos de la memoria

El tercer uso político del patrimonio, que aparece en diferentes artículos presentados en este libro, está relacionado con las construcciones y (re)creaciones de la memoria llevadas a cabo a través de las patrimonializaciones y musealizaciones de ciertos elementos. De hecho, como señaló Silven (2010: 133), el patrimonio y los museos no solamente documentan

sino que también producen la memoria y los significados a través de procesos de definición y de selección de una historia común. De tal manera, y según Blickstein (2011), la narrativa patrimonial y museística está intrínsecamente relacionada con una cierta representación de la nación que incluye, pero al mismo tiempo excluye, ciertos episodios históricos y segmentos de la población.

Sin embargo, como nos enseñó Halbwachs (1967: 48), aunque solo existe una historia, el campo de la memoria colectiva es capaz de multiplicarse. La memoria, entendida como una facultad más bien cultural que individual (Connerton, 1989), es, para Nora, un proceso que arranca del pasado pero que se vive desde el presente y se concreta con frecuencia en *lieux de mémoire* (lugares de memoria) que pueden ser materiales, simbólicos o inmateriales, espacios donde cohabitan la memoria y la historia (Nora, 1997). Para convertirse en lugar de memoria es necesario, según este autor, que el objeto o sitio sea reconocido como tal por una colectividad y que también sea «patrimonializado». Así pues, en los últimos años se han llevado a cabo en muchos países debates sobre las políticas de la memoria histórica, marcados por la necesidad de reinterpretar aspectos que no han sido suficientemente explicados en la historia particular de cada país. Esta patrimonialización de la memoria histórica está claramente relacionada con su uso político, tanto a escala internacional como nacional, y con los proyectos de construcción de los países.

Una de las temáticas más complejas al respecto ha sido la patrimonialización de ciertos episodios de la historia o de lugares de memoria relacionados con la violencia, la guerra o el terrorismo de Estado. Es lo que se ha denominado en la bibliografía patrimonios disonantes (Tunbridge y Ashworth, 1996), incómodos (Prats y Santana, 2005), difíciles (Logan y Reeves, 2009), dolorosos (Uzzel y Ballantyne, 1998) o negativos (Meskell, 2002). Sin embargo, podemos citar numerosos ejemplos de patrimonialización de episodios complejos de nuestras historias en los últimos años, como el tratamiento del recuerdo del Holocausto en Alemania (Young, 1989), los museos de la represión estalinista, los dedicados a la resistencia en Francia (Walsh, 2001) e Italia, la represión franquista (Sánchez-Carretero, 2013), la batalla del Ebro en Cataluña (Roigé, 2010) o el terrorismo de Estado en el Cono Sur.

El texto de Bustamante abordará las controversias, los usos y desusos de la patrimonialización y preservación de la memoria en el caso concreto de Chile. Desde 1990 hasta la fecha, el Estado de Chile, a través de

sus gobiernos, ha llevado adelante un conjunto de programas e iniciativas, agrupados con el discutido título «política de memoria», que ha buscado dar una solución a un pasado dictatorial que fractura y divide a la sociedad chilena, que resulta incómodo y controvertido para lograr la esperada reconciliación política. En este camino, la reparación simbólica y el reconocimiento y homenaje a la memoria de las víctimas, junto al paradigma instructivo de irrepetibilidad y el aprendizaje para un «Nunca Más», han priorizado una agenda programática sostenida en tres elementos: construcción de memoriales y monumentos, protección de sitios como patrimonio nacional y la construcción del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos inaugurado en enero de 2009. Sin embargo, mediante el ejemplo de la activación del sitio Nido 20, la autora pretende mostrar que en estos procesos de activación y recuperación se tejen tensiones y dilemas propios de una patrimonialización omnívora que no siempre se traduce en efectividad y garantía de la memoria. En Europa, desde una perspectiva distinta, Gracia destacará en su artículo el uso que adquiere el patrimonio en tiempos de guerra por su valor simbólico, político y económico, a través del estudio histórico del desplazamiento del tesoro artístico español y catalán durante la Guerra Civil española y de la exposición de parte de los fondos del Museu d'Art de Catalunya en París el año 1937.

El patrimonio, como señala Smith (2011), tiene distintos usos, más allá de los aspectos puramente estéticos o científicos. Sin agotar la lista de los posibles usos sociopolíticos que estructuran la relación entre grupos culturales contemporáneos, los artículos de este libro nos interrogan sobre las prácticas políticas del patrimonio y sobre los escenarios en los que discurren los mecanismos de apropiación y confrontación de los discursos y usos políticos del patrimonio.

Bibliografía

- AMSELLE, J.-L. (2010). «Le retour de l'indigène», *L'Homme*, vol. 2, núm. 194, págs. 131-138.
- ANG, I. (2009). «Beyond multiculturalism: A journey to nowhere?», *Humanities Research*, vol. 15, núm. 2, págs. 17-21.
- BARRÈRE, C.; BARTHÉLEMY, D.; NIEDDU, M., y VIVIEN, F.-D. (2005). *Réinventer le patrimoine*. París, L'Harmattan.